

PRESENTACIÓN

ELENA DÍAZ SILVA

ARIBERT REIMANN

RANDAL SHEPPARD

Este volumen recoge algunas de las contribuciones al congreso “Nuevas aproximaciones al exilio” que se celebró en la Residencia de Estudiantes (Madrid) en agosto de 2016. El congreso, organizado por el equipo del proyecto “Left-wing Exile in Mexico” (ERC n.º 312717) con sede en la Universidad de Colonia (Alemania), tenía como objetivo el de explorar las aproximaciones más recientes de la historiografía del exilio en Latinoamérica. Algunas contribuciones al congreso analizaron la relación del exilio con el espacio urbano, así como el papel de la política y la redes transnacionales de movilidad, información y ayuda; otras estudiaron la evolución del arte y el diseño como indicadores de los encuentros transnacionales propiciados por el exilio; y por último, otro grupo de contribuciones se interesó por la construcción narrativa de las identidades a través del análisis de fuentes orales, memorias, correspondencia y otras escrituras del *yo*, siguiendo diversas metodologías como las propuestas por la perspectiva de género y la historia cultural de las emociones. De esta manera, surgen no solo nuevas perspectivas sobre la experiencia del exilio sino también metodologías innovadoras para la historiografía del exilio.

La experiencia del exilio estuvo caracterizada por la intersección de aspectos contradictorios: de la victimización pasiva a configuraciones activas; del destierro involuntario a la diáspora como encuentro en nuevos contextos geográficos, políticos, sociales y culturales; de la amenaza a la integridad de la identidad personal a la multitud de maneras en la que los exiliados participaron en su reconstrucción creativa. Por eso, el reto para la historiografía del exilio consiste en la reconstrucción y evaluación de los procesos

de movilidad, comunicación, organización y construcción identitaria que acompañaron a esta experiencia a través del siglo xx como prácticas descentralizadas que trasciendan las fronteras nacionales y los límites discursivos que marcaron las identidades normalizadas en la época contemporánea. En este sentido, preferimos llevar a cabo una aproximación a los “horizontes” que *abren* (en lugar de *de-finien*) las experiencias del exilio entendidas como espacios de contacto, interacción, y reconfiguración de identidades colectivas e individuales. En todo momento, ambos niveles han estado vinculados íntimamente con prácticas sociales y representaciones culturales que la investigación histórica puede utilizar como inicio tanto para la exploración empírica como para la conceptualización teórica.

Desde sus inicios durante los años setenta del siglo xx, la historiografía del exilio político respondió a una serie de circunstancias contemporáneas y al desarrollo conceptual de una historiografía más general. Para los casos de los españoles y alemanes que habían huido de la persecución fascista tras el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania y la derrota de la Segunda República española, la reflexión histórica mostró una demora significativa por razones diferentes, aunque con efectos similares. En el caso español, la autohistorización del exilio republicano dio sus primeros pasos a finales de los años cincuenta siendo representado por Carlos Martínez y su *Crónica de una emigración* que recibió atención por parte de la comunidad académica de habla inglesa, entre otras, por ejemplo de Patricia Fagen. En el caso del exilio europeo de habla alemana, la preeminencia del exilio comunista dio pie a una ola de persecución estalinista pocos años después del final de la Segunda Guerra Mundial (por haber realizado su emigración fuera de la Unión Soviética) antes de que los miembros de la emigración política estuvieran en una posición de ofrecer su propia narrativa del exilio, como Paul Merker en 1969. La complejidad de una memoria del exilio dividida durante la Guerra Fría se tradujo en una demora en la investigación académica durante casi treinta años, situación que no presenta muchas diferencias con respecto al caso español. Cuando la muerte de Franco brindó, por primera vez, la oportunidad de conmemorar el exilio republicano como parte del legado nacional antifascista, la memoria del exilio antifascista quedó contestado entre los dos Estados alemanes hasta 1990. Los pioneros académicos desde los años setenta se centraron en dos tareas para la historización del exilio: pri-

meramente, en recuperar la memoria de la política antifascista y, en segundo lugar, en documentar, sobre todo, el legado cultural de la emigración intelectual. En este proceso la narrativa del exilio fue subyugada a la narrativa de la identidad nacional antes de la duradera herencia de la memoria posfascista en Europa. En busca de “la otra España” o “la otra Alemania” la memoria del exilio asumió una postura de oposición a la narrativa hegemónica nacional y, sin embargo, ocultó en el proceso una parte importante de la experiencia transnacional del exilio. Además, la historiografía del exilio logró integrar aspectos sistemáticos del desarrollo de la especialización disciplinaria de la historiografía más reciente, como aproximaciones al exilio desde las perspectivas de la historia social, de la historia de las mujeres y de la infancia, así como de la historia oral y los estudios de la memoria. De esta manera, surgió una caja metodológica de herramientas para la investigación que caracteriza al ámbito de la investigación histórica en nuestros días cada vez más diversificado, así como especializado. Las tendencias actuales se concentran en las áreas de los estudios de género (en particular de la masculinidad y de las sexualidades), en la aplicación de enfoques más recientes como el *linguistic turn* o el *spatial turn* a los estudios del exilio, y de los discursos contemporáneos (sociales o culturales) como lugares de (re)construcción de identidades o subjetividades. Nuestro volumen tiene como objetivo reunir una modesta colección de contribuciones a estas tendencias de innovación metodológica en el campo de los estudios del exilio.

La primera parte, dedicada a los “Redes transcontinentales”, recoge los textos de Pablo Yankelevich, Aurelio Velázquez Hernández, Olga Glondys y Randal Sheppard. En su trabajo titulado “Exilios: México en la memoria latinoamericana”, Pablo Yankelevich analiza la experiencia del exilio latinoamericano en México tras el ascenso de las dictaduras en el Cono Sur durante la década de los setenta. En este contexto, el principal reto metodológico de la historiografía del exilio consiste en la labor de recuperar la memoria, para evitar que “el antónimo de olvidar no sea recordar sino justicia” (Yerushalmi). Manteniendo la posición crítica del historiador ante esta exigencia epistemológica, su capítulo nos presenta los efectos demográficos en los casos argentino, brasileño y chileno, la experiencia del terror y la consiguiente percepción selectiva del régimen echeverrista por parte de los exiliados, así como la integración profesional que como consecuencia pudo contribuir al estable-

cimiento de redes transamericanas fundadas en la experiencia del exilio. Estas experiencias combinaron horizontes de victimización con construcciones activas como parte de una experiencia transnacional. En su capítulo, titulado “Las redes panamericanas de ayuda al exilio republicano español”, Aurelio Velázquez Hernández sigue las huellas de las actividades de los organismos de ayuda a la España republicana en diferentes contextos americanos como Argentina, Uruguay, Estados Unidos y México. Teniendo en cuenta el trasfondo que representa la situación internacional cambiante durante los años cuarenta, las iniciativas para una organización transcontinental no llegaron a alcanzar un éxito concluyente pero la integración regional de las redes de organizaciones en el norte y el sur del continente americano respectivamente abrieron nuevos horizontes para el desarrollo de una política transnacional en apoyo de la Segunda República, así como en apoyo de los exiliados. El límite de estas formas de organización prorepublicana estuvo marcado de nuevo por el papel del Partido Comunista y sus estrategias regionales para extender su influencia política por todo el continente. El comunismo también adopta una posición clave en el capítulo de Olga Glondys, aunque de una manera negativa. En “El europeísmo y los exilios (1939-1945): pretexto para unas reflexiones acerca del estudio del exilio”, identifica en el exilio antifascista norteamericano una corriente de europeísmo izquierdista y anticomunista nacida en torno a la publicación *Partisan Review* (Nueva York), al movimiento “Socialismo y Libertad” y al Congreso por la Libertad Cultural. La presencia de numerosos exiliados políticos en estas organizaciones nos ofrece una mirada transnacional al contexto ideológico del europeísmo antitotalitario que, a su vez, formó una parte importante en la confrontación ideológica de la Guerra Fría a partir de los años cuarenta, cuando México se configuró como arena propicia para la confrontación entre seguidores y detractores del comunismo soviético. Destacada simpatizante comunista era la cubana exiliada en México Clara Porset, protagonista del capítulo de Randal Sheppard, “El exilio y la política transnacional en el diseño de Clara Porset”. Como artista y diseñadora, Porset ocupó una posición central en la red artística transnacional fundada en Ciudad de México en la década de los veinte, participando en la reformulación del modernismo ante la influencia norteamericana. Su vinculación con los círculos privilegiados de la élite cultural mexicana posrevolucionaria coincidió con su firme adhesión al comunismo

internacional y con el desarrollo desde una posición del modernismo clásico a la formulación de una crítica del funcionalismo que fomentó el uso de materiales y formas precoloniales para el diseño moderno. Este horizonte político-cultural representa una arena importante del legado cultural del exilio.

La segunda parte del volumen, dedicada a los “Encuentros transnacionales”, reúne los trabajos de Diego Gaspar Celaya, Jorge de Hoyos Puente y Andrea Acle-Kreysing. En su trabajo, titulado “Exiliados españoles en el esfuerzo de guerra francés, 1939-1940”, Diego Gaspar Celaya analiza el encuentro de los refugiados republicanos españoles con el escenario del esfuerzo de guerra francés a partir de 1939. Desde los campos de internamiento muchos de los excombatientes de la Guerra Civil española aceptaron la oferta del gobierno francés para ingresar en unidades militares de la Legión Extranjera o en los Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros, así como en las compañías de trabajadores extranjeros. Este encuentro nos revela la influencia que tuvo el inicio de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 en la modificación de las percepciones que los oficiales franceses tenían sobre los veteranos republicanos españoles, convertidos en combatientes respetables y respetados, pero anteriormente identificados como sospechosos izquierdistas. El encuentro de los republicanos españoles con su país anfitrión adquirió un significado diferente en México, donde Jorge de Hoyos Puente, en su artículo titulado: “Simpatías y antipatías de los exiliados republicanos en México. Discursos político y prácticas sociales”, identifica sentimientos de simpatía y antipatía como ingredientes del discurso identitario contemporáneo en la comunidad del exilio español. Ya desde el mismo momento en el que embarcaron adoptaron ese discurso selectivo compuesto por una muestra de una gratitud explícita y asimismo por una marcada distancia con respecto a la sociedad mexicana –actitud que es reflejo de los prejuicios racistas y el aislamiento relativo consecuencia de la cultura de sociabilidad en el exilio—. La inquebrantable lealtad a las autoridades políticas priistas y el privilegio destacado en cuestiones educativas (así como el avance social a las élites posrevolucionarias) contribuyeron a la consolidación del mito oficial del exilio republicano en México. Sin embargo, las antipatías implícitas individuales se pueden identificar a través de las entrevistas del Archivo de la Palabra. La actitud del exilio alemán de denominación política comunista en México, que analiza Andrea Acle-Kreysing en su capítulo, titulado “El

exilio antifascista de habla alemana en México durante la Segunda Guerra Mundial: una peculiar adopción del mito de la Revolución Mexicana”, demostró una relación con el legado de la Revolución Mexicana no menos ambivalente. Mientras precursores como B. Traven y Alfons Goldschmidt habían ensalzado la Revolución desde perspectivas diferentes con respecto a la construcción de etnicidad y su estimación sobre los cumplimientos, fracasos y potenciales durante la época posrevolucionaria, la adopción del legado revolucionario por parte del exilio de habla alemana durante los años cuarenta reveló el carácter profundamente político inspirado por el antifascismo. De esta manera, la perspectiva del exilio alemán logró asociar la ideología posrevolucionaria con su propia lealtad al comunismo internacional preparando así el escenario imaginario para la aparición de la literatura del posexilio dedicada a temáticas latinoamericanas tras el regreso de los exiliados a Europa.

La tercera sección, denominada “Contextos urbanos”, incluye los trabajos de Aribert Reimann, Víctor M. Macías-González y Bárbara Ortuño Martínez. En “Distrito transnacional. Espacios urbanos del exilio político en el Distrito Federal de México”, Aribert Reimann explora la topografía transnacional del exilio político europeo en el entonces Distrito Federal de México. Las estructuras urbano-geográficas del exilio deberían ser investigadas como indicativos de los tejidos sociales y políticos que formaron la experiencia y la vida política en el exilio mexicano. Las comunidades exiliadas mantuvieron espacios en la ciudad para la interacción que dieron como resultado la creación de oportunidades para la comunicación y la práctica transnacional, aunque también para el desarrollo de prácticas conflictivas incluso violentas. Una tendencia visible en la geografía urbana del exilio es el alto nivel de actividades transnacionales en ambos campos, en el de la comunidad prosoviética en el entorno comunista y en el de los socialistas antiestalinistas, por ejemplo, el movimiento “Socialismo y Libertad”. En el capítulo “Otros camaradas de ruta. Las colaboraciones transnacionales de los editores republicanos españoles y los activistas homófilos norteamericanos en Ciudad de México, c. 1940-1960”, Víctor M. Macías-González analiza la prensa homófila distribuida en la capital mexicana, concretamente la revista *ONE: The Homosexual Magazine*, introducida por activistas estadounidenses huidos de la represión homosexual en Estados Unidos, quienes a su vez se encontraban íntimamente vinculados con la política de la izquierda comunista

y con la corriente política prorrepublicana española. Además de funcionar como un destino turístico y un lugar de refugio, la ciudad proporcionó espacios alternativos para la publicidad y la experimentación de una sociabilidad alternativa, en torno a la Librería de Cristal y los bares metropolitanos. El paisaje urbano se convirtió en un laboratorio para la experimentación de otras formas de vida y de relación no heteronormativas (homófilas) entre las clases medias, estructura social donde tratan de integrarse con el fin de afianzar su honorabilidad y decencia. Por otro lado, también se analiza la influencia ejercida por los exiliados homosexuales estadounidenses en los círculos de los homosexuales mexicanos de Ciudad de México, entre otras cosas, a través de la traducción y publicación de obras homófilas. En “El exilio republicano en Argentina (1936-1975). Avances, retrocesos y nuevas miradas”, Bárbara Ortuño Martínez nos ofrece una aproximación historiográfica-metodológica para el caso del exilio republicano español en Argentina, con atención específica a la metrópolis de Buenos Aires concentrada en el contexto historiográfico y la situación de las fuentes primarias. Así se abre la vista a la geografía social de las comunidades del exilio en la ciudad con sus zonas de alojamiento y sociabilidad. El horizonte cronológico es introducido a través de la segunda generación del exilio y su participación en el avance educativo y profesional, así como la experiencia de la “democratización del bienestar”.

La última sección, titulada “Identidades narrativas”, trata de las formas discursivas que intervienen en la construcción de las identidades individuales y personales en el exilio, tanto las construidas en su contemporaneidad como las reconstruidas a través de la memoria, y reúne los trabajos de Guadalupe Adámez Castro, María Zozaya-Montes, Elena Díaz Silva y Pilar Domínguez Prats. En el capítulo titulado “‘Todo ser humano no ha muerto’. Súplicas y peticiones del exilio español (1939-1945)”, Guadalupe Adámez Castro analiza las peticiones al Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE) escritas por los exiliados que en 1939 se encontraban en los campos de internamiento. Estos documentos no solamente evidencian la polifónica desesperanza y el deseo urgente de salir de Europa, sino que contienen también una serie de evidencias importantes que sirvieron para la construcción narrativa de la identidad discursiva del exiliado. Las peticiones de los refugiados reflejan el uso de estrategias lingüísticas para destacar aspectos comunes, remiten a la camaradería, a la antigüedad de la militancia sindical y

al sacrificio personal por la continuidad de la lucha antifascista. Así, la construcción discursiva debe formar parte de la interpretación de los horizontes identitarios que abre el exilio, sobre todo para el caso de aquellos que lograron el pasaje al hemisferio americano. Uno de los pasajeros del barco *Sinaia* que cruzó el Atlántico rumbo a México en el verano de 1939 fue Antonio Zozaya, el protagonista del capítulo escrito por María Zozaya-Montes, titulado “Sentimientos prisioneros del exilio. Contradicción burguesa entre las obligaciones públicas y las emociones privadas del intelectual Antonio Zozaya, 1939-1943”. Siguiendo su trayectoria desde Barcelona hasta el exilio que le conduce a Francia y con posterioridad a México, mediante las cartas que envía a su hijo asilado en Bogotá, se puede observar el frágil equilibrio entre los ideales republicanos que conforman su identidad en la esfera pública, como periodista independiente y venerado, y la conflictividad emocional que subyace en sus relaciones privadas y personales. La tensión entre la función pública-política y los conflictos familiares constituyeron la lógica discursiva de su identidad burguesa que mantuvo en el exilio valorando siempre por encima de sus problemas en el orden privado y la expresión de sentimientos y afectos, la reputación y la respetabilidad, así como el mantenimiento de la paz y los ideales familiares. De esta manera, la perspectiva analítica sobre los horizontes narrativos del exilio consigue un conocimiento avanzado de la formación identitaria que se reconstruye o reformula constantemente en relación con el contexto social y público. El caso del poeta Emilio Prados es el foco del capítulo de Elena Díaz Silva, titulado “Las heterodoxias del exilio: Emilio Prados a través de su correspondencia”. La intersección de la experiencia del exilio con la heterodoxia sexual, así como la aceptación e interiorización de los discursos que exaltaban una masculinidad normalizada ocupan una posición central en las cartas escritas desde el exilio mexicano. Su paso por la Residencia de Estudiantes le descubre todo un horizonte de posibilidades que hay que situar en relación con los discursos de la reforma sexual, que le permiten a duras penas construir de una forma sólida su subjetividad. Su hostilidad hacia el exilio republicano en México y la paradójica proyección que hace en su hijo como “hombre completo”, así como de su (auto)percibida identidad defectuosa, sirven como un fuerte recordatorio de la íntima relación discursiva que existe entre la esfera de lo personal e individual y la esfera pública o de la colectividad. La confrontación discursiva en la

narrativa de la escritora exiliada Cecilia Guilarte adoptó un carácter diferente tal y como lo explora Pilar Domínguez Prats en “‘El pasado ya no interesa a nadie’. Las memorias del exilio en el contexto de la transición democrática, Cecilia Guilarte”. La experiencia del retorno desde el exilio durante los años sesenta y de la marginalización doble a la que es abocada –como republicana y como mujer– durante la Transición española, dejó huellas profundas en las cartas de Guilarte, tal y como se puede comprobar también en una entrevista en 1984. De esta manera, se aprecia el horizonte de desilusión y frustración del posexilio en su narrativa que combina cuestiones de orden político con el género. Manteniendo equidistancia con respecto al feminismo, así como con respecto al nacionalismo vasco, la posición discursiva de Guilarte se caracteriza por la adopción de un tono irónico y sarcástico, instrumentos para el distanciamiento y la emancipación de su experiencia histórica.

Para finalizar, a los editores de este volumen nos gustaría agradecer la extraordinaria acogida y hospitalidad de la Residencia de Estudiantes, así como a las autoras y autores por su contribución al congreso y a esta publicación. Dicha reunión y esta publicación, por otro lado, no hubieran sido posibles sin la generosa asistencia financiera del European Research Council.